

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**CHIARA AMIRANTE, UNA VIDA ENTREGADA
A LOS JÓVENES DE LA CALLE**

S. MILLÁN – 2022

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Primeros años.

El demonio.

En Irlanda.

Primeras experiencias.

Casas de acogida.

La providencia de Dios.

Más experiencias.

Medjugorje.

Comenzar de nuevo.

Vivencias de Chiara.

Michela.

M. Teresa de Calcuta

INTRODUCCIÓN

Chiara Amirante es la fundadora y presidenta de la Comunidad Nuevos horizontes (Nuovi orizzonti). En 1991, confiando en Dios, creyó que había recibido de Dios la vocación de ayudar a los jóvenes de la calle: prostitutas, drogadictos, alcohólicos y demás que viven un infierno personal, alejados de Dios y llevando una vida desastrosa humanamente hablando. Decidió ir sola a cumplir esa voluntad de Dios, que sentía dentro de sí, buscando a los jóvenes que vivían en la Estación Termini de Roma para transmitirles la alegría de Jesús resucitado, que ella había descubierto al vivir el Evangelio.

Así comenzó por organizar casas de acogida para ayudar a estos jóvenes. En 1994 abrió una casa en Trigoria (Roma). En 1997 abre otra en Piglio, que será una casa de formación y de acogida y será la Sede central del Movimiento. Lo hermoso de todo fue que muchos de los rescatados y liberados se convirtieron en formadores y evangelizadores de otros jóvenes que todavía estaban en la situación que ellos habían vivido. Actualmente hay casas en Italia, Brasil y Medjugorje, donde se apareció la Virgen María.

En 2018 ya tenía 207 centros de acogida, de formación para los voluntarios y de orientación y prevención. Había 854 equipos de servicios comprometidos en las calles, cárceles, hospitales y en acciones de servicio social a todos los niveles, incluso a través de los medios de comunicación. También había 450.000 *caballeros de la luz*, comprometidos para llevar al mundo la revolución del amor y de la alegría de Jesús resucitado. Este proyecto se le ocurrió a Chiara el 14 de abril de 2006 en el Santo Sepulcro de Jerusalén.

El proyecto de *Ciudadelas Cielo* nació por el deseo de construir pequeños pueblecitos donde cualquiera que esté solo, marginado o desesperado, pueda sentirse acogido, sostenido y amado. Son también centros de formación para los voluntarios, donde todos los que desean comprometerse en alguna acción en concreto, puedan acudir a formarse para llevar a cabo después, nuevas iniciativas y proyectos en su propia realidad local. Ciertamente la vida de Chiara es una vida basada en el amor y confianza en Dios, que se le manifestó de distintas maneras a lo largo de su vida, incluso a través del sufrimiento, para que pudiera vivir en primera persona algo del infierno que sufren en vida todos los marginados sociales, a quienes nadie ama y que se sienten solos y abandonados sin experimentar el amor de Dios.

PRIMEROS AÑOS

Chiara refiere que nació el 20 de julio de 1966 en una familia de padres creyentes, que habían descubierto el amor de Dios a través del movimiento de los Focolares, fundados por Chiara Lubic, y pudieron así experimentar más profundamente el amor de Dios. Como iban a misa todos los días, Chiara pudo desde antes de su nacimiento nutrirse cada día del pan de Dios de la Eucaristía, cuando su madre comulgaba. Al nacer la consagraron a María. Con sus dos hermanos, Marcos y Lucas, vivió en diferentes ciudades: Alessandria, Ferrara, Cagliari, Ancona, Brindisi y Roma, a causa del trabajo de su padre.

Desde pequeña asistía a las Mariapolis (ciudades de María) o encuentros que organizaban los focolares para las familias y personas de todas las edades. Nos dice que de esas primeras experiencias nació una confianza cada día más acentuada con Jesús, a quien trataba como a un amigo querido desde muy pequeña.

A los cinco años sintió ya un gran deseo de recibir a Jesús en la Eucaristía y empezó a pedir que le dieran la comunión. Sus padres hablaron con un sacerdote, quien la examinó y vio que estaba preparada. Y así fue como en una Mariapolis en Cagliari, con cinco años, hizo su primera comunión y su amor a Jesús fue creciendo cada día más. Tuvo fija una idea: *Tengo una sola vida y quiero vivirla en plenitud, no quiero desperdiciarla. Quiero hacer de mi vida algo que valga la pena, algo que no pase. Y como Dios no pasa y su amor siempre permanece, quiero vivir solo para Dios, amándole a él y a todos los demás.* Aprendió a hacerlo todo por amor a Jesús, como un regalo para él. Y decía en todo lo que hacía: *Por ti, Jesús, por tu amor.* Y así crecía cada día más su amor a Jesús y su deseo de que todos los demás lo amaran también.

Cuando tenía 18 años, un día fue a la playa con unos amigos, el chofer que conducía el coche de regreso estaba borracho, y a los pocos minutos perdió el control y el coche se salió de la carretera. Comprobó que estaban a punto de caer a un abismo. Gracias a Dios, pudieron salir antes de que el coche se precipitara al abismo. Esta fue una experiencia que le hizo pensar en que en cualquier momento podía venir la muerte y terminar la vida. Y ¿qué quedaría de todo lo pasado? Por eso, hizo la petición: *Jesús, dame todavía tiempo y ocasión para amar. Todo pasa y solo queda el amor.*

Lo más desconcertante fue que Claudia, una amiga que había vivido con ella el accidente del coche, murió a los dos meses, atropellada por un conductor borracho. Eso le hizo pensar que debía vivir cada momento en plenitud como un

don único y valiosísimo. Su muerte fue para ella muy dolorosa, pero la muerte de Claudia le confirmó en la decisión de vivir cada momento en algo que no pasa, es decir, en Dios que no pasa.

Personalmente, recuerdo que en la parroquia de San Antonio Abad de Arequipa, había un gran letrero en el presbiterio que decía: *Los hombres mueren, las generaciones pasan y solo Dios permanece*. Es decir, solo Dios es lo permanente, lo que nunca se acaba, lo que da sentido a la vida. Por eso, hay que vivir para Dios y así darle sentido a la vida y a todas las pequeñas cosas de cada día.

Poco a poco, comenzó Chiara a sentir la responsabilidad de ayudar a los más necesitados en quienes veía el rostro de Jesús. Y no solo eran los pobres que no tenían techo o comida, sino sobre todo tantos jóvenes que se sentían abandonados sin nadie que los amara. Su soledad y falta de amor les hacía buscar en las drogas, en el alcohol, en el sexo o en sectas perniciosas, la felicidad que andaban buscando y que no la encontraban, porque estaban alejados de Dios, que era el único que podía darles esa felicidad que estaban buscando.

Cuando estudiaba en la universidad, encontró varios universitarios que se sentían solos, pues sus familiares vivían lejos de Roma y buscaba hablar con ellos para darles un poco de esperanza y encaminarlos a Jesús. Un día, se encontró con un joven llamado Andrés y lo vio muy triste. Una semana después se había suicidado y encontraron un papel en su bolsillo que decía: *He buscado el amor en este mundo, pero no lo he encontrado. Tengo necesidad de amor, voy a ver si hay otra vida donde pueda encontrar ese amor que necesito*. Otro día, fue la hermana de un amigo suyo que se tiró de la cúpula de San Pedro. Así pudo entender que había muchos jóvenes que vivían con la muerte en su corazón, con un corazón vacío, porque les faltaba Dios y, sin Dios, la vida es un infierno, que además les hace buscar la felicidad en las drogas y en grupos peligrosos.

EL DEMONIO

Para completar su formación para la gran misión que Dios le encomendaba sin ella saberlo, Dios permitió que durante un año viviera lo que los místicos llaman la noche del espíritu. No sentía deseos de oración y tenía un gran vacío interior en su alma. Pareciera que Dios la había abandonado. Y el demonio le insinuaba que Dios no la amaba y que él podía hacerla feliz, si dejaba de rezar. Si le seguía, la haría feliz en este mundo, mientras que Dios le daba sufrimientos. Era como una lucha interior entre el deseo de encontrar a Dios, a quien parecía que había perdido, y el demonio que quería llevarla a su terreno de placeres y felicidades humanas. Por fin, un día, al despertar, de repente sintió de nuevo el amor de Dios y se sintió con nuevas fuerzas pues esa experiencia le hizo comprender en alguna medida la experiencia de tantos jóvenes alejados de Dios y metidos en drogas y otros vicios, buscando la felicidad que el demonio les ofrecía para meterlos más y más en el infierno de sí mismos, alejándolos más de Dios. Esta experiencia fue para ella como un aprendizaje para comprender a los jóvenes marginados y hambrientos de amor.

Ella misma nos dice: *Desde aquel momento me sentí obligada a dedicar el resto de mi vida a ayudar a las personas que experimentan la muerte del alma por la falta de fe y la persistencia en el pecado que cierra el corazón al amor divino*¹.

En 1988 tuvo un sueño con el demonio. Vio muchos seres monstruosos y uno de ellos la hería en un ojo con un punzón incandescente, que parecía un puñal bien afilado. Sentía un dolor tan fuerte que no podía respirar y el demonio le decía: *Sigue creyendo que Dios es amor, continúa dando testimonio de su amor al mundo entero. Pero ¿no ves que tu Dios te ha dejado en nuestras manos? ¿Dónde está ahora tu Dios?* Ella repetía: *Dios es amor, Dios es amor.* En su sueño parecía que estaba a punto de rendirse y en ese momento gritó en su sueño: *Yo creo que Dios es amor y se despertó.*

Nos dice: *Una semana después me desperté a las tres de la madrugada con un dolor agudísimo y con la sensación física de que alguien me estuviese clavando de verdad un puñal en el ojo. El dolor era literalmente insoportable*². Resultó que según dictaminaron los oculistas consultados, tenía uveítis crónica, una enfermedad que llevaba a la ceguera y que no tenía cura. Dios le hizo así ofrecer sus sufrimientos y hacerle entender que lo importante no eran las actividades por buenas que fueran, sino el amor. Y ella maduró mucho durante

¹ Amirante Chiara, *Solo el amor permanece*, BAC, Madrid, 2018, p. 45.

² Ib. p. 53.

este tiempo hasta que Dios, para maravilla de los médicos, hizo el milagro de su curación después de siete meses en que apenas veía un 20% de lo normal.

Con estas experiencias, Dios la había preparado para la misión. Consultó a un sacerdote y a un obispo y todos aceptaron que era la voluntad de Dios que pudiera ir a visitar a los jóvenes extraviados que estaban en los túneles de la estación Termini de Roma. Ciertamente era un lugar peligroso y más para una mujer, pero ella confiaba en Dios, que no la defraudó. Iba simplemente a conversar con ellos y a darles esperanza, contándoles sus experiencias y su amor y su alegría de vivir el evangelio.

EN IRLANDA

Para no preocupar a sus padres, quiso comenzar en Dublín, donde fue a vivir con unas amigas. Nos dice: *Allí toqué con la mano como nunca antes el infierno unido a la búsqueda obsesiva de felicidad y de libertad, consecuencia de una cultura hedonista que lleva a la ilusión de pensar que en el placer se puede encontrar el camino para la realización plena de uno mismo. En realidad en esta búsqueda exasperada del placer se llega, sin ni siquiera darse cuenta, a prostituirse, a vender el alma y a recoger, en lugar de la felicidad buscada, soledad, desesperación y muerte*³.

Y añade: *De Dublín me traje a costas muchas lágrimas enjugadas en aquellos intensos días y noches, pero también la alegría de haber visto que cada lágrima que enjugas, si la presentas a Dios que es el Amor, resplandece con una luz nueva. Es como la imagen del arco iris, formado por tantas gotitas que, atravesadas por la luz del sol, se transforman en un puente de colores entre el cielo y la tierra. De la misma manera, todas estas lágrimas presentadas ante el Señor y calentadas por el sol de su amor, se convierten en misteriosos arcos iris que colorean de cielo las noches infernales de tantos jóvenes*⁴.

PRIMERAS EXPERIENCIAS

Al regreso de Irlanda, en febrero de 1991 comenzó a ir por la noche a la estación Termini, a los túneles del metro. La primera noche tuvo la impresión de bajar a un circuito infernal. Ella sabía que corría muchos riesgos y muchos se lo advirtieron. En aquellos ambientes era muy probable sufrir violencias de todo tipo. Bajó a la parte inferior, que era la más peligrosa, y se asustó cuando vio dos

³ Ib. p. 79.

⁴ Ib. p. 83.

grupos que se golpeaban a botellazos, todos ellos sangrando y borrachos, y algunos con cuchillos en las manos. Todos con cicatrices, tatuados, chicas drogadas que se prostituían: *Vio un chico tendido en el suelo, inmóvil. Rezó intensamente y fue hacia él para ayudarlo.*

El chico tendido abrió sus ojos y dijo que se llamaba Ángel y empezó a contarme algo de su vida. Había estado en la cárcel. No tenía casa ni trabajo y sus padres habían muerto. Uno de sus hermanos vivía en el extranjero y el otro estaba también en la cárcel. Estaba obligado a vivir en la calle, donde continuamente circulaba la cocaína y la heroína. Para colmo, su novia, que con toda probabilidad estaba embarazada, tenía que ir al médico para que lo confirmara y sufría de epilepsia. Él no sabía cómo cuidarla y protegerla. El hecho de no poder garantizarle un techo y una asistencia médica, de no poder ser un padre para el posible hijo en camino, le había llevado literalmente a un estado de confusión mental y frustración.

Chiara refiere: *El encuentro con Ángel me marcó muchísimo porque por enésima vez experimenté el profundo dolor de la impotencia al no poder hacer apenas nada por estas personas. Él tenía necesidad de un trabajo y de una casa, pero yo en aquel momento no podía ofrecerle ninguna respuesta concreta. Iba armada con mi mapa de los albergues, de los centros de acogida, los comedores, pero parecía imposible encontrar un lugar donde pudiese ser acogido junto a su novia epiléptica y embarazada*⁵.

Cuando dos noches más tarde encontró de nuevo a Ángel, éste tenía un regalo para ella. Le dijo: *Tú no sabes, pero el otro día me salvaste la vida. Cuando llegaste, apenas me había recuperado de la cuarta sobredosis en dos días, porque había decidido acabar con mi vida para no tener que afrontar este mundo terrible. El haber encontrado una persona como tú, que te quedaste durante más de una hora escuchando a un desesperado como yo, me hizo comprender que si existía en este mundo una sola persona como tú, dispuesta a emplear su tiempo en escuchar a chicos como nosotros, entonces todavía valía la pena vivir*⁶.

Chiara, también pasó por momentos difíciles personales, pero Dios la salvó. Una noche iba a su casa con la moto después de haber estado con algunos jóvenes en la Estación Termini, cuando un hombre, en una furgoneta, la siguió. Tuvo miedo y no podía adelantarle. Se detuvo y le preguntó: *¿Qué estas buscando?* Y él le respondió: *¿Qué crees que estoy buscando?* Ella pensó que no estaba sola y empezó a entonar en voz alta cantos de oración. En ese momento el

⁵ Ib. pp. 89-90.

⁶ Ib. p. 90.

sospechoso se acercó, intentando bloquearla definitivamente y ella le dijo: *Mira, si he entendido bien, me parece que has encontrado a la persona equivocada, porque yo he consagrado mi vida a Dios.* Entonces el hombre cambió de repente. No sabía qué le sucedió, pero de lobo se convirtió en cordero y en medio de la noche, comenzaron a hablar y sintió que el Señor la estaba protegiendo.

Unas semanas más tarde, Mirko, un joven a quien había encontrado varias veces en la estación y le había contado su historia, le había pedido ayuda para salir de la droga. Esa noche Chiara había llegado para darle la buena noticia de que había encontrado una plaza en una casa de ayuda para drogadictos. *Mirko corrió hacia mí y me abrazó, pero en ese momento una chica encolerizada comenzó a blasfemar. Mirko quedó preocupadísimo y me dijo: “No puedo explicarte ahora nada, tengo que irme”. Entonces fui a ver un chico que estaba en el suelo por una sobredosis. Al levantarme, vi a esa chica que estaba abalanzándose hacia mí con un cuchillo, pero un hombretón la cogió al vuelo y la arrojó fuera, mientras ella gritaba: “Si te vuelvo a ver, te degüello como a un cerdo. No te acerques más por aquí, porque te mato”.*

Después Mirko me explicó que había sido su novia y que estaba mal de la cabeza por las pastillas que tomaba mezcladas con alcohol. Se había encolerizado por celos. A la vez hice un descubrimiento: El hombretón que me había salvado resultó ser uno de los que vivían en una casucha cercana, que había encargado a los suyos que me cuidaran por turnos. Me habían cogido cariño y yo descubrí que incluso en aquel infierno, tenía ángeles custodios de carne y hueso, precisamente entre los más delincuentes⁷.

Otro día un chico seropositivo había decidido unirse a mí para ayudarme en la rehabilitación de los jóvenes drogadictos. Me llamó para que fuera a buscarlo. Lo encontré muy delgado y tenía la mirada perdida. Se había quedado de repente ciego a causa de una infección en el nervio óptico, debida a su enfermedad y los médicos le habían dicho que le quedaba poco tiempo de vida. Me decía: *Cuando he encontrado la luz, me quedo ciego; precisamente ahora que he encontrado la vida, tengo que morir.* En dos meses se quedó como un esqueleto y se fue al cielo.

⁷ Ib. pp. 93-94.

CASAS DE ACOGIDA

El 24 de mayo de 1993 era la fecha que Chiara había decidido para dejar la casa de sus padres y el trabajo, para ir a vivir en la calle. Ese mismo día, por fin Dios se manifestó después de mucho tiempo de pedírselo y la llamaron por teléfono de tres lugares distintos para ofrecerle lugares para la deseada casa de acogida. Durante meses no había encontrado nada y, de pronto, se le ofrecían tres posibilidades. Así comenzó la aventura de *Nuevos Horizontes*.

En la nueva casa tenían oración con los jóvenes en la capilla para pedir la ayuda del Espíritu Santo para cambiar sus vidas y sentir el amor de Dios. El primer día empezaron a llorar, lo que no habían hecho en años, pero eran lágrimas de alegría al sentir el amor de Dios. Era como un nuevo Pentecostés para ellos. Dios los estaba sanando física y psicológicamente. Algunos, que habían estado metidos en sectas satánicas y habían asistido a misas negras, necesitaron mucho más tiempo para superar toda la influencia negativa que llevaban dentro e, incluso, necesitaron muchos exorcismos, pero Dios es más fuerte que Satanás y puede superar todo lo malo que hay en nosotros. Mientras hay vida hay esperanza. Algunos habían hecho pactos de sangre con Satanás en las misas negras. En las oraciones comunitarias se manifestaban a veces con voces indescriptibles, que proferían amenazas, se expresaban en lenguas desconocidas o modernas, que la persona implicada no conocía. La gracia de Dios era tan abundante que algunos transformaban su rostro en muecas horribles, llenas de odio, y hacían cosas humanamente imposibles: se retorcían, demostraban una fuerza sobrehumana o conocimiento de cosas desconocidas.

Las anteriores casas habían sido alquiladas, pero consiguieron una casa definitiva en Trigorina en 1994. Los vecinos estaban preocupados, pero poco a poco al conocerlos mejor se tranquilizaron. Varios de los allí recogidos habían participado en sesiones espiritistas o cosas ocultas. Algunos estaban desahuciados por los médicos, eran alcohólicos, habían sido narcotraficantes o prostitutas. Y Dios los transformó. Algunos de ellos son hoy personas consagradas a Dios y han hecho votos de castidad pobreza y obediencia en esas comunidades sin ser religiosos.

Especialmente sobrecogedor fue el caso de una chica extranjera que no estaba ni siquiera bautizada. Sus padres eran brujos y habían realizado ritos sobre ella desde niña. Durante los ratos de oración se transformaba completamente, en la cara y en la voz, y tenía una fuerza increíble. El padre Juan Carlos tuvo la ocurrencia de bendecir secretamente la sal y el aceite que se utilizaban en la cocina: lo sabíamos sólo él y yo. Ese mismo día esta chica comenzó a ayunar. De vez en cuando, los muchachos tenían alguna motivación de celo espiritual, por lo que decidían ayunar un día a pan y agua, pero pasados

tres días, yo comenzaba a decirles que estaban exagerando. Ella, sin embargo, me replicaba que tenía un motivo importante, aunque no podía decírmelo.

Pasados cinco días, finalmente la convencí para hablar de este asunto, y me contó que uno de los espíritus, a los cuales ella había sido consagrada, le había prohibido tocar comida en la casa de Trigeria, porque de lo contrario, por venganza, me habrían matado. Yo reaccioné con una sonrisa para desdramatizar: “Anda, probablemente se ha tratado sólo de una pesadilla”. Pero ella subrayaba: “Mira que estos espíritus no se andan con bromas, son poderosos. Yo he visto en muchas ocasiones lo que son capaces de hacer”. Porfía que le porfía, intentaba tranquilizarla, diciéndole: “Yo tengo a Jesús conmigo, por tanto, no pueden hacerme nada. ¡Cómo van a ser ellos más fuertes que el Señor Jesús!”. Y ella respondía: “Yo no conozco a tu Señor Jesús, pero a estos espíritus ya los conozco bien, y te puedo asegurar que son muy fuertes, terribles y, por lo tanto, si te amenazan diciéndote que te van a hacer daño, yo no quiero tomarme esta responsabilidad”. Al final corté en seco: “Fíate de mí y estate tranquila, porque te aseguro que no pueden tener ningún poder para matarme”. Después nos fuimos juntas a comer y ella, aunque con gran temor, se decidió a comer algo con nosotros.

Al final de la tarde fui con otra chica a misa al santuario de Tre Fontane. Al volver con el coche por uno de los carriles del aparcamiento, vi otro automóvil que venía en sentido contrario directo hacia nosotras. Pensé que al volante estaría un borracho, pero después me di cuenta de que buscaba precisamente un choque frontal y, por una fracción de segundo, pude girar y evitarlo. Inmediatamente después me paré, pensando que iba a estrellarse contra algún muro. Sin embargo, vi que aquel coche volvía a entrar por el otro acceso del aparcamiento y, después de bajar el cristal de la ventanilla, el conductor me miraba fijamente, con una mirada demoníaca, y reía con un guiño verdaderamente satánico que nos dejó con la sangre helada. En aquel momento el motor de mi coche se paró misteriosamente. Probé de todas las maneras para volver a arrancar, pero no respondía, parecía “muerto”; mientras, la chica que estaba sentada a mi lado había comenzado a darse cuenta de la gravedad de la situación, gritaba y rezaba aterrorizada: “Señor Jesús, ayúdanos tú”. Fue un momento de puro pánico, ya que comprobé que, además de ser un loco, estaba también endemoniado y la tenía tomada precisamente conmigo. Todavía siento escalofríos sólo al recordarlo.

Con extrema lucidez se acercó un poco, quiso hacerme oír su carcajada y me miró fijamente a los ojos con la típica mirada llena de odio que ya conocía yo bien. Después se alejó marcha atrás para poder golpearme a toda velocidad. Mi amiga continuó rezando afanosamente: “Señor Jesús, encárgate tú; Señor Jesús, ayúdanos tú...”. Finalmente, el motor que parecía muerto volvió a

arrancar y yo salí de allí a toda velocidad consiguiendo de nuevo evitar, por los pelos, el choque con otro coche. Esta vez no me volví para ver si se estrellaba por algún lado, sino que me dirigí corriendo hacia Trigoría. No quería que los chicos se enterasen de lo que había ocurrido, para evitar que se asustaran — había recibido ya algunas cartas anónimas con amenazas de muerte—, pero la otra chica estaba tan cargada de adrenalina y de miedo, que no pudo dejar de contar rápidamente a todos lo que nos había ocurrido, y cómo nos habíamos salvado de milagro.

Mientras tanto, en la comunidad había sucedido una cosa igualmente impresionante durante la oración. Los chicos estaban en el salón multiusos, en el que durante el día llevaban a cabo las distintas actividades; junto a ella había una habitación pequeña donde habíamos instalado a una madre con su bebé, que me había tomado tanto cariño que quiso que la madre colgase en la pared junto a su camita un marco con una fotografía mía. La habitación tenía rejas de hierro en la ventana, al estar a una altura de entresuelo, y la madre, durante algunos momentos de oración en los cuales sucedían «fuegos artificiales», sacaba al aire libre al pequeño y cerraba con llave la puerta de la habitación. Durante la oración, la chica que había ayunado empezó a retorcerse y a cambiar de cara, como después me contaron los que habían estado presentes. Esos espíritus, sirviéndose de la voz irreconocible de la chica consagrada a ellos, habían comenzado a embestir contra mí: “Nos la pagará, la mataremos”.

De repente, salió un rugido de la habitación cerrada con llave que todos los chicos oyeron. Cuando volvió la chica que dormía con el niño allí fueron a ver qué había sucedido, y encontraron que el cristal del cuadro con mi fotografía había estallado, aunque el marco seguía colgado en la pared. Los fragmentos de vidrio estaban esparcidos por toda la habitación y de mi fotografía no quedaba ni rastro. Era completamente imposible que nadie hubiese entrado en la habitación porque había que pasar por el salón, donde había muchos chicos, y la ventana tenía rejas de hierro. Cuando volvimos de Tre Fontane y nos contaron el episodio, comprobamos a qué hora había ocurrido y caímos en la cuenta de que el rugido procedente de la habitación de Trigoría y el intento de colisión en el aparcamiento habían ocurrido a la vez. Esta inexplicable coincidencia impresionó a muchos, tanto más a la chica decidida a ayunar para que “sus espíritus” no me hicieran mal. De todos modos, no se desanimó. Después de una cuidada preparación catequética, la chica consagrada a los espíritus recibió el bautismo, la primera comunión y la confirmación, y rápidamente después logró liberarse definitivamente.

Otro episodio vivido en directo, que impresionó mucho a los chicos, tuvo lugar durante un exorcismo a una chica que era hija de satanistas y que había hecho en primera persona varios pactos de sangre con el demonio. Una decena

de chicos intentaban sujetarla, pero ella tenía mucha fuerza. Un joven inglés, más bien robusto, que llegó en ese momento, se puso a ayudar a los chicos en el intento de sujetar a esta chica que, a pesar de ser muy delgada, durante el exorcismo manifestaba una fuerza sobrehumana. Inmediatamente la chica —que no sabía nada de inglés— se volvió hacia él hablando perfectamente el dialecto de la ciudad de origen del chico inglés, con una voz terrible y llena de odio: “Es inútil que vengas ahora aquí a ayudar..., también tú eres nuestro, nos perteneces. ¿Te has olvidado del rito que hiciste durante aquel concierto y del amuleto con el que te has consagrado a nosotros? ¡Lo guardas todavía al fondo del cajón de tu mesa! No puedes nada contra nosotros”.

El chico se quedó lívido, y en aquel momento desapareció aterrorizado. Después me cogió aparte y me dijo que no se lo había contado a nadie y que era imposible que esa chica, a la que no había visto nunca, pudiese saberlo todo. “Ni siquiera recordaba yo que tenía todavía aquel amuleto. Tengo que comprobar en mi mesa”. Y, efectivamente, después me llamó por teléfono para decirme que allí estaba, aunque a él se le hubiese olvidado.

Otro caso. Claudio había vivido en la calle durante mucho tiempo. Era “el hombre fuerte” de una célebre banda que controlaba gran parte de la prostitución y del tráfico de drogas en Roma. En el pasado había cometido delitos de toda clase, pero desde hacía un tiempo, desde que se había convertido él mismo en heroinómano, también su banda le había marginado. Vino a nosotros porque no podía más con la heroína y quería una ayuda para salir de ella. No creía en Dios y no soportaba a la Iglesia. Para él entrar en la capilla era muy difícil, le parecía como si tuviese que subir al patíbulo. Después de una semana, sin embargo, se decidió a abrir su corazón a Dios y probó a rezar. A la mañana siguiente acudió a mí aterrorizado: “Clara, ¿no será que la heroína me ha comido el cerebro?”. “No creo le respondí, normalmente son los alucinógenos los que dañan las células cerebrales, pero tú me has dicho que nunca los has tomado. ¿Por qué me preguntas eso?”. “Porque esta noche me ha sucedido una cosa extraña, ¡pero tengo miedo de que, si te lo digo, me tomes por loco!”. “Estate tranquilo, ¡más loca que yo no puedes ser!”. “¡Sí, eso también es verdad!”, me contestó.

Pareció que se tranquilizaba y con un hilo de voz, muy avergonzado, comenzó a contarme. “Ves, Clara —me dijo—, anoche por primera vez abrí mi corazón a Dios y probé a rezar. Esta madrugada, sin embargo, hacia las tres, me ha despertado alguien que daba golpes con una barra en las rejas de la ventana de mi habitación. Con voz terrible me amenazó, diciéndome que no intentase rezar más, porque de lo contrario me mataría. En la noche vio un hombre desconocido y lo persiguió por el jardín, pero desapareció como si fuese un

fantasma. En la noche siguiente volvió a rezar y sintió de nuevo pesadillas, pero por la mañana sus brazos estaban llenos de quemaduras reales ⁸.

El día de Pascua de 1995 fue un día de gran fiesta para los jóvenes de la comunidad, reunidos en torno al obispo, dando gracias a Dios por haber transformado su vida de tinieblas en luz, de muerte en vida. Veinticuatro entregaron sus vidas a Dios con los votos de pobreza, castidad y obediencia.

LA PROVIDENCIA DE DIOS

Chiara también cuenta algunos casos maravillosos en los que se manifestaba la providencia de Dios. Un día le presentaron el recibo del teléfono por 583.000 liras. No había dinero para pagar. Chiara fue a la capilla a encomendarle a Jesús el problema urgente. Se fue a hablar con un chico que tenía problemas y, mientras dialogaban, llegó una señora que quería conocerlos y ver cómo vivían. Antes de irse, le preguntó a Chiara: *¿Te molesta si te dejo una limosna?* Cogió su cartera y la vació completamente en un sobre y se lo dio. Terminada la charla con el chico, fue a la capilla. Dice: *Había 583.000 liras. La cantidad exacta del importe del recibo. Para mí fue como un bofetón de la providencia, como si Jesús me hubiera dicho: “¿Tenías alguna duda? Ahora sabes con certeza que estoy a vuestro lado”* ⁹.

Pero el Señor no se limitaba a darnos lo necesario para la supervivencia cotidiana: quería asombrarnos con efectos especiales. Nos lo demostró desde el principio, con episodios verdaderamente conmovedores, por lo que suponían de ternura para con “sus pequeños”. Uno de los momentos para mí más conmovedor fue cuando una chica extranjera, apenas llegada, preguntó a uno de los chicos acogidos de hacía poco tiempo, qué era eso de la “providencia” de la que oía hablar. La explicación fue la siguiente: “Clara nos ha hecho leer el Evangelio, y allí está la promesa de que nuestro Padre cuida de nosotros. Si tenemos alguna necesidad, la providencia hace que nos llegue lo que necesitamos”.

Obviamente, la recién llegada reaccionó afirmando que eso era pura ciencia ficción, pero obtuvo como réplica que, sin embargo, habían experimentado de cerca que esto sucedía de verdad. Entonces ella, movida por la curiosidad y casi de broma, soltó allí: “Bueno, si yo ahora le pido a este Jesús una chaqueta, ¿él me la da?”. Con el celo del neófito recién convertido, para el cual todo es posible, el chico respondió convencido: “Pues claro, pidámosle

⁸ Ib. pp. 134-142.

⁹ Ib. p. 150.

también la chaqueta. El Señor, que cuida de todo, tal vez te la haga llegar”. Prosiguió la chica: “Pues ya que nos ponemos, ¿a este Jesús le podemos pedir también que la chaqueta sea blanca? Porque yo soy muy morena y el blanco me sienta bien”. Y el otro: “Pues claro, si tenemos que pedirle una chaqueta se la pedimos blanca”.

Yo, desde la habitación contigua, estaba escuchando muy preocupada este diálogo entre el chico de la calle, recién convertido, y la chica que a duras penas había oído hablar de Jesús y, obviamente, era un poco escéptica. Yo pensaba: “¡Jesús querido, este hijo tuyo cree con todo su corazón que tú vas a responder a su petición y se sentirá defraudado si no llega esta dichosa chaqueta!”. Pero enseguida reaccioné: “No lo puedo creer, ¿este chico que vivía en la calle, que se drogaba, y que se ha convertido hace poco, tiene más fe que yo? Yo estoy pensando que si la providencia no responde, él quedará defraudado. Y él, sin embargo, está seguro de que una chaqueta blanca llegará”. Mi razón me decía que no podía pedir a Jesús una chaqueta blanca... ¡no hay que exagerar! Había ocurrido ya el hecho del recibo del teléfono y por tanto me sentía un poco confortada. Entonces hice esta simple oración: “Mira, Jesús, tú que conoces la fe de este hijo tuyo, a ver cómo lo arreglas. Si la chaqueta blanca no pudiera conseguirla, que por lo menos no se sienta defraudado”.

Había pasado como una hora, ni siquiera me acordaba ya de la chaqueta blanca, ya que estaba siempre bombardeada por las continuas emergencias. Llegó una señora del barrio para preguntar lo que hacíamos, qué cosa era esta nueva comunidad de acogida Nuevos Horizontes, y me dio un paquete que tenía en la mano diciéndome: “Traigo aquí alguna prenda que me sobra, y he pensado que quizás aquí, en la comunidad, podría ser útil...”. No hace falta decir que en aquel paquete venía una bellísima chaqueta blanca, nueva, de la talla de la chica extranjera, ¡perfecta! ¡Desde aquel momento la chica no tuvo más remedio que admitir que nuestro Jesús podía sorprendernos de verdad! Y comenzó también ella un proceso espiritual que la llevó a pedir los sacramentos ¹⁰.

Para la construcción de la *Ciudadela Cielo* de Frosinone en 1997 había presentado el proyecto a la Conferencia episcopal italiana y el cardenal Ruini y el cardenal Antonelli me habían animado y se consiguió una partida de dinero, pero faltaba todavía un millón de euros y era urgente el pago. Para echarnos una mano, vino una persona muy competente en el campo administrativo pero un poco alejado de la fe. Se puso a mirar nuestras cuentas y pidió cuál era nuestros plan y nuestros ingresos. Se intentó explicarle que nuestra economía se basaba en la providencia divina. Él creía que estaba hablando con seres de otro mundo.

¹⁰ Ib. pp. 150-152.

Su interés se centraba en cómo encontrar el millón de euros que se necesitaba. Un día estábamos en un retiro espiritual, preparándonos para celebrar un importante aniversario de la comunidad y el administrador se había ido con su familia el fin de semana. Mirando el domingo nuestros ingresos en internet, encontró un donativo de un millón de euros. Llamó convencido de que había un error de alguien que había puesto un cero de más o se había equivocado de lugar. A la mañana siguiente, se pudo contactar con el bienhechor y se descubrió que no se había equivocado en absoluto y que no sabía que a nosotros nos hacía falta precisamente un millón exacto de euros. Cuando el administrador volvió a Piglio, los chicos lo cogieron en hombros, lo llevaron a la capilla y desde aquel día comenzó a tomarse en serio su proceso espiritual hasta entregar su vida por medio de las promesas de la comunidad ¹¹.

Y dice Chiara: *Hoy me resulta normal creer que cada mes la providencia nos sostendrá milagrosamente a pesar de que son más de 150 centros de acogida entre centros de acogida, formación de voluntarios, centros de escucha, de espiritualidad, de evangelización, familias abiertas a la acogida y más de 100 centros de servicios comprometidos en diversas áreas: evangelización, prevención, concienciación, sostenimientos, medios de comunicación, economía y trabajo, espiritualidad y oración, cultura, servicios sociales etc., etc.*

A esta Institución denominada en general como *Nuevos Horizontes*, la Iglesia la reconoció en 1997 como Asociación privada de fieles de derecho diocesano. El 19 de noviembre de 2010 se les comunicó por parte del Pontificio Consejo para los laicos de la aprobación pontificia de los nuevos Estatutos. La carta era del 17 de noviembre.

Y nos dice Chiara: *He escuchado la desesperación de jóvenes guapísimos, reducidos a muertos ambulantes en la ilusión de un paraíso artificial que les ha robado el alma. He abrazado a maravillosos niños abandonados en las calles, pidiendo solo un poco de ternura. El grito de este pueblo, innumerable, de pequeños y de pobres, ha traspasado mi corazón en lo más hondo y me he preguntado: “¿Pero qué puedo hacer?”.*

Me sentía demasiado pequeña, frágil, impotente ante el terrible grito del pueblo de la noche. Después un rayo de luz grabó a fuego en mi alma una certeza: *El amor es más fuerte, el amor todo lo puede. El amor hace posible lo imposible, convierte en luz lo que es tiniebla, hace florecer los desiertos. El amor puede devolver la esperanza a quien, herido por los terribles azotes de la vida,*

¹¹ Ib. pp. 195-196.

*yace postrado en la desesperación. El amor ha vencido a la muerte. El amor todo lo vence. El amor hace milagros porque Dios es amor*¹².

MIS EXPERIENCIAS

Chiara Amirante anota que un día vio a un joven apoyado en el umbral de un centro para personas sin techo. Apenas lo saludé, se reanimó. Tenía un gran deseo de hablar, de compartir sus preocupaciones y empezó a contarme los hechos más importantes de su vida como si fuésemos amigos de siempre. Me confió: Estoy preocupado, porque no encuentro una casa y un trabajo para que me devuelvan a mi hijita. Desde hace tiempo vago por diferentes lugares de Europa. He dormido muchas veces en lugares sin techo. He robado para vivir y tener alcohol. Después ha nacido Clara. Ella es mi reinecita. El pensar en ella me da mucha alegría y he pensado en cambiar de vida y trabajar. Pero cambiar mis costumbres es un gran problema. Comencé a trabajar en cosas pequeñas. Estaba cansado de beber y de llevar una vida de vagabundo y de tender la mano a gente indiferente que ni siquiera te mira. A su madre la metieron en la cárcel. Eso no me creó problemas, porque no nos queríamos. Todos se preocuparon de si yo podía criar a una niñita y pronto me di cuenta de que querían quitármela para darla en adopción a otros. Decidí huir a otro país. Pero, cuando eres extranjero y no conoces a nadie y no conoces la lengua y no tienes dinero ni tiempo para conseguirlo, encontrar trabajo es muy difícil y así vuelves a tus antiguas costumbres de robar y seguir huyendo, ya que la policía te sigue. Sientes necesidad de seguir bebiendo y te abrumba todo el peso de la soledad y de un mundo hostil, que parece machacarte. Entonces solo deseas huir de la realidad y viajas sin rumbo.

Pronto me di cuenta de que no tenía el coraje para sentirme solo conmigo mismo. Muchas veces he pensado que solo con fuertes emociones como el alcohol, la droga, el sexo, etc., podía vivir. En un tiempo iba en las tardes a la discoteca. Con la música a todo volumen me sentía electrizado. Buscaba encontrar alguna muchacha para pasarla bien, al menos por una noche. Incluso con la madre de Clara no ha quedado nada más que la niña, nacida por error. No sé dónde está su madre, quizás en la cárcel. Hace unos días quemaron el lugar donde estábamos acampados y vino la policía. Cuando descubrieron que mis documentos no estaban en regla y que tenía antecedentes decidieron dar a Clara a una pareja de esposos, que se ofreció a cuidar de ella. Ahora hay una causa en curso para decidir qué hacer. Es difícil que me la entreguen. Sacó tres fotografías y me las mostró. Me dijo: “A veces solo por ella no me suicido. Y

¹² Ib. p. 214.

sigo buscando por las calles algo capaz de alejar mi tristeza y mi soledad. Pero dudo de que haya algo que pueda existir para conseguirlo”.

Los momentos más bellos de mi vida han sido aquellos en que he amado. Por eso, es uno de los motivos por los que adoro a Clara. Ella, con su inocencia, ha sabido hacerme descubrir la realidad maravillosa del amor, con su dulcísima sonrisa. Chiara Amirante le contestó: Ciertamente, nadie tiene tanta necesidad de una sonrisa que el que nunca la da a otros y nadie necesita tanto de amor como el hombre cerrado en sí mismo y en su odio a los demás. Dios ha creado el corazón del hombre para el infinito, para horizontes sin límites, para mares sin orillas, es decir, para Dios. Cuando se ama uno se preocupa del bien de cada persona que pasa a su lado y no hay lugar para la soledad, porque cada vacío se llena de amor.

Al otro día me esperaba y me dijo que tenía buenas posibilidades de recobrar a Clara, puesto que iría a Londres a trabajar y conseguir algún dinero, aunque eso significaba la posibilidad de no ver a Clara durante un tiempo. Me dijo: *Estoy dispuesto a recobrar a mi hija y, si no le puedo ofrecer todas las comodidades que le ofrece esa pareja, al menos me ha dicho que prefiere estar conmigo. La idea de poder volver a ver a su hija le daba una nueva vida y unas grandes ganas de vivir y trabajar por ella. Tenía muchos proyectos en mente. Nos saludamos con cariño. En él brillaba la esperanza*¹³.

Otro día Chiara vio en la Estación Termini de Roma a Paolo que le dijo: *He perdido todo, mi novia, mis amigos, mi casa, el trabajo, el cariño de mi familia... Son ya 18 años que vivo así y seguro que moriré con una jeringa en el brazo (de una sobredosis). He intentado ya una vez terminar con todo, pero no lo he conseguido. A veces quisiera dejar la droga y no puedo. Cuando veo a alguno que lo ha conseguido, me animo y me digo que yo también lo puedo hacer; pero cuando me vienen los problemas de la abstinencia, no puedo continuar. Franco se acercó y dijo: Yo comencé muy joven. Iba al bar y pensábamos en la droga como algo nuevo, capaz de hacernos estar bien, un modo de pasar el tiempo de modo diverso. Después comenzamos a probar cocaína, heroína... Y decíamos como todos que, cuando quisiéramos, la dejaríamos, pero todos nos hicimos drogodependientes con todo lo que conlleva como robos y cárcel.*

Tenía 12 años y hacía las cosas con cierta inconsciencia. Veía a todos mis amigos probar y yo no quería ser diferente. Decía que los que se hacían dependientes eran los débiles y yo estaba convencido de ser fuerte, sin embargo, cuando uno quiere salir, es ya demasiado tarde. Al principio creía que la heroína era lo que siempre había buscado para solucionar mis problemas. No

¹³ Amirante Chiara, *Stazione Termini*, Ed. Cita Nuova, 2015, pp. 11-19.

era consciente de los problemas que traía. No me daba cuenta de que me estaba destrozando y matando. Después no podía dejarla y vivía en función de ella y eso me estaba llevando a la desesperación. No quería reconocer que había perdido mi dignidad y no podía soportar los momentos de lucidez. La gente se apartaba de mí y yo no encontraba el momento para dejar la droga. Siempre tenía excusas para no dejarla. ¡Y cuántas veces debía robar para conseguirla!

Mi familia no se dio cuenta de nada durante tres años. Después trató de ayudarme, pero no encontraron la posibilidad. Un día peleamos y me fugué de casa. Dormía donde me cogía la noche, en cualquier casa abandonada, en trenes, en la estación, etc. Y siempre huyendo de la policía y de las personas a quienes había robado y de mí mismo y de mi vacío interior y de mi soledad. Decidí morir por una sobredosis y cuando me desperté del coma, tuve miedo. Miedo de la muerte. Decidí entrar en una comunidad de rehabilitación. Estuve dos años. En comunidad descubrí la belleza de la amistad y la alegría de compartir. Aprendí a no echar la culpa de mis problemas a los otros, a la sociedad, al mundo entero y tomar la responsabilidad de mis decisiones y errores.

Me sentía entre dos fuegos, era una batalla dura, no tanto contra la droga, sino con los conflictos que había en mí. Seguir la parte negativa era fácil y cómodo y después me sentía insatisfecho, vacío. Ir por el camino del esfuerzo para superar la dependencia de la droga era un camino que costaba fatiga, sacrificio y fuerza de voluntad, pero encontraba satisfacción y un sentido de plenitud. He conocido personas que me han ayudado y comencé a sentir náusea por todo lo vivido anteriormente en la droga. No quería volver al fango. No obstante, mi viejo mundo estaba siempre allí, decidido a engullirme de nuevo. Salí de la comunidad y me encontré con los vendedores de droga y con los que pertenecían a la Camorra y no tenían intención de dejarme en paz. No podía salir de la Camorra, porque podía constituir un peligro para ellos por lo que sabía y no me dejaban.

Huí a otra ciudad y siempre con el temor de ser masacrado, pero no podía seguir eternamente escapando y decidí afrontar el problema. Fui a uno de los jefes para pedirle que me sacara de la Camorra, sabiendo que había pocas posibilidades. Lo pensaron y pasé las dos horas peores de mi vida, esperando su sentencia: o la muerte o la salida sin consecuencias. Lo increíble sucedió. Me dijo el jefe: Has nacido bajo una buena estrella. Por esta vez no te matamos. Tu tío no quisiera saberte muerto y hemos decidido hacer una excepción. Eres un muchacho inteligente para entender que se trata de un favor especialísimo. Haz de modo que no debamos arrepentimos de nuestra decisión.

Me sentí feliz de estar libre y hubiera querido abrazar a cada uno de aquellos hombres que unos momentos antes estaban prestos para matarme. Pensé que era oportuno un veloz saludo sin mucha ceremonia, salí corriendo de alegría. Esta vez había visto las cosas mal, pero estaba libre de nuevo. Libre de escoger, libre de vivir ¹⁴.

Evelyn le contó a Chiara: Mi padre murió cuando era pequeña y mi madre no tenía tiempo para estar con los niños, porque debía trabajar todo el día para poder mantenernos. Éramos siete hijos. Yo pasaba la mayor parte del tiempo en la calle. Mi madre comenzó a beber hasta perder el trabajo. Y comencé a vivir como podía: algún trabajito aquí y allá y algunos hurtos.

Me agradaba ganar dinero sin fatiga con el robo, pero era una ladrona buena, porque, cuando robaba alguna cartera, después de sacar el dinero, devolvía los documentos al propietario. Terminé en prisión y pensé que en esta tierra todo era sufrimiento y que quizás mi hermana había escogido la mejor parte suicidándose, tirándose por la ventana. Algunas veces pensaba que también yo podía ser feliz y me daba cuenta de que era suficiente la sonrisa de un niño o un bello arcoíris o un favor de un amigo, para sentirme bien.

De todos modos, no encontré a nadie verdaderamente feliz y la única felicidad que encontraba era la borrachera. Y le dije a Chiara: “Creo que existe la felicidad, pero no creo que consiga tenerla”. Huí de casa con 12 años, porque no soportaba a mi familia, no hacía más que pelear. Un día, después de las acostumbradas peleas en que mi padre me había golpeado, decidí escaparme. Mi casa era un infierno y para mí era mejor la calle. He viajado por Francia e Inglaterra y he venido aquí a Italia. Cuando me aburro de un sitio, me voy a otro y, para mantenerme, he hecho un poco de todo. He conocido jóvenes que me parecían muy buenos hacia mí. Me ofrecieron droga y pensaba haber encontrado por fin lo que buscaba. Bastaba una dosis para estar bien y me sentía feliz. Después, para procurármela, me prostituí. Me era difícil estar con un cliente lúcida, lo hacía drogada. Pero todo lo que ganaba no bastaba para comprar la droga. Después me llevaron presa y en prisión pasé la crisis de abstinencia, un verdadero infierno. También estuve un tiempo en una comunidad de rehabilitación y la dejé, porque pensé que ya había superado mis problemas.

Ahora me siento feliz cuando puedo abrazar a alguien y estoy satisfecha conmigo misma y puedo dar sentido a mi vida y a mi sufrir. En ese momento Claudio intervino en la conversación y dijo: “Para mí el sentido de la vida está en Dios. Él es el único que puede hacerme capaz de experimentar la plenitud de la alegría. Para mí la felicidad es buscar sin cansarse al Eterno, a la Verdad, al

¹⁴ Ib. pp. 20-27.

Absoluto, a la Belleza, es decir, a Dios andando siempre más allá de lo finito para perderse en el infinito”. Ya decía san Agustín: Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está insatisfecho hasta que descansa en Ti (Confesiones 1,1). Y Claudio continuó diciendo: Yo pienso que es importante aprender a vivir cada instante de la vida, aprender a cantar, a darse, a estar enamorados, a amar. Y Chiara dijo: Ciertamente estoy convencida de que hay más alegría en dar que en recibir. Dar la propia vida, la propia fuerza, el propio entusiasmo, la propia tristeza. Todo lo que cada uno posee, enriquece al que lo dona. Ese es el secreto: Compartir la alegría ¹⁵.

Otro caso. Un joven nos dice que una pareja de esposos ancianos le había propuesto ir a su casa para trabajar de jardinero y allí podría vivir. Empezaba el trabajo al día siguiente. Estaba emocionado. Hasta ese momento dormía en un hospedaje de Caritas, pero habiendo terminado el tiempo previsto, debía salir. Dice Chiara que estaba un poco preocupada por él, porque por las noches se olvidaba de tomar sus medicinas y una noche había tenido un ataque de epilepsia. Si no hubiesen ido a ayudarlo, hubiera muerto sofocado.

De Dios no conocía nada y le dijo a Chiara que le gustaría conocer al Dios cristiano para poder bautizarse. Estaba preocupado porque su novia estaba embarazada. Ella estaba con él en los túneles del metro de la estación Termini de Roma. Otro joven le dijo que estaba cansado de vivir y no aguantaba más. Había querido suicidarse, pero primero quería hablar con Chiara, porque era la única persona en diez años que se había quedado a escucharlo sin ningún interés personal.

La próxima vez que lo intentaría iría a un bosque perdido para no fallar. Había decidido entrar en un coche y dejar el tubo de escape que entrara dentro del coche con todo el gas que lo mataría sin darse cuenta. Lo había intentado, pero parte del gas había escapado hacia fuera. Se fue al bosque, se alimentaba de hierbas silvestres y todo le parecía hablarle de amor sin tener ninguna mujer a su lado. No poseía nada y le parecía poseer el mundo entero. Allí en el bosque había un conocido ermitaño que le dijo que antes había buscado el éxito en el estudio, en el trabajo, en las mujeres. Después quiso realizarse con experiencias sexuales, con la droga y el alcohol. Y decidió viajar. Se fue al Tibet. Vuelto a Italia, buscó alguien que le enseñara a meditar y a rezar. Encontró finalmente una paz al dejar todo; la casa, el trabajo y la novia para dedicar su vida a Dios, haciéndose ermitaño. El encuentro con este hombre le ayudó. Después se enteró que su novia había muerto, que le habían diagnosticado cáncer de hígado y había sufrido mucho. Empezó a beber y a sentirse solo sin ganas de vivir. Tenía mucha tristeza.

¹⁵ Ib. pp. 28-35.

Chiara le dijo que todos tenemos la posibilidad de hacer de nuestra vida una aventura continua. Estamos hechos para subir montañas, tocar el cielo, perdernos en la inmensidad, pero a veces preferimos no correr riesgos y quedarnos tranquilos en medio de la basura del mundo.

Paolo añadió que en la noche había sentido por primera vez en su vida la presencia de Dios. Dijo: *Ha sido algo tan fuerte que he pasado buena parte de la noche llorando de alegría. He vivido tantos años en la calle y mi única preocupación era divertirme lo más posible y me sentía descontento. Esperaba viajar y huir de mi angustia y de mi tristeza y he probado drogas, pero no logré huir de mí mismo y volví a mi vida de la calle. Ayer sucedió algo importante. He hecho amistad con dos muchachos. Emanaban energía. He investigado qué los hacía diferentes a los demás. Esperaba de todo, pero no que me hablaran de Dios. No sabía nada de Dios y no creía que existiese. Me han hablado de Jesús, no como un personaje histórico, sino como alguien que había entrado en su vida y la había cambiado. Me han hablado de Dios, que es vida y poder y hace milagros. Me han dicho que han visto ciegos que han recobrado la vista y personas curadas de cáncer.*

Yo pedí perdón a Dios de todos mis pecados. Ellos oraron por mí y me impusieron las manos en la cabeza, pidiendo al Espíritu Santo que me iluminara. Lo increíble es que después me sentí malísimo, aunque por poco tiempo, ya que me sentí liberado. De improviso, sentí una alegría incontenible que nunca había experimentado en mi vida. Era como si hubiese renacido de nuevo y me sentía ligero. Me regalaron el evangelio y me he pasado la noche leyéndolo y rezando. ¿Esos dos jóvenes, le dijo Chiara, son Giovanni y Marco? Sí, así se llaman (eran dos jóvenes de la comunidad de Chiara).

Mauro intervino y dijo que no había entendido casi nada pero que esperaba tener también él esa experiencia ¹⁶.

Otro muchacho dijo: *Durante varios años me prostituí. Desde que era pequeño me encontraba bien entre las niñas y había algo dentro de mí que me impulsaba a buscar actitudes femeninas. Era como sentirse esclavo de una doble personalidad. Era hombre, pero me sentía extrañamente atraído a ser mujer. No me atrevía a hablarle a nadie de mis sentimientos. Ciertos transexuales se exhibían en muchas calles de Milán y ejercían una fascinación sobre mí. Me atraía su modo de vivir y sus modos femeninos. En casa era como si me impidieran ser yo mismo. A los 18 años, animado por un amigo dejé la familia. Eduardo, que es su nombre, me hospedó en su casa y me enseñó a vestirme de mujer y a asumir actitudes femeninas. Me convencía de que finalmente me iba a*

¹⁶ Ib. pp. 48-61 resumen.

realizar. Me agradaba hacerme mirar. Me sentía satisfecho, porque finalmente podía expresarme libremente. Pero pronto acusé las heridas del rechazo de quienes no eran como yo. La euforia de los primeros tiempos se transformó en depresión y, a veces, en desesperación. Me di cuenta de que incluso aquellos que habían acudido a operaciones quirúrgicas para cambiar de sexo, no habían encontrado la felicidad soñada. Había momentos en que me sentía triste y habría querido suicidarme para no sufrir más. La mayor parte de las personas que me pagaban, eran como yo, enfermos de soledad y de angustia. Una tarde este sufrimiento interior fue más intenso y me sentí morir por dentro. Me volví a Dios desesperadamente. No estaba seguro que él existiese, pero era tal el sufrimiento que no pude menos de probar y gritarle: ¿Por qué vivo? ¿Por qué debo sufrir? ¿Por qué no soy una persona normal? Si existes, respóndeme.

Después me vino el deseo de orar y probé una tranquilidad muy especial y quedé impresionado. Estoy seguro que aquella noche Dios me tocó y me dejó una señal profunda dentro de mí. Pasó un poco de tiempo antes de decidirme a no poner resistencia al deseo de dejarle entrar en mi vida. Para mí fue decisivo el encuentro con un amigo homosexual que por cierto tiempo había desaparecido de mi vista. Alguien me había referido que había encontrado un grupo de personas extrañas y que había cambiado. De hecho, cuando lo encontré, traté de reconocerlo, pero era otra persona. No estaba más vestido de mujer y era algo misteriosa aquella sonrisa que tenía. Me impresionó su espontaneidad y su cercanía. Me habló de su descubrimiento de Dios y de la fe con tal entusiasmo que me puso en crisis. Era evidente que había sucedido algo muy importante en su vida y había descubierto a aquel que es la Vida. Poco después fui a encontrar a otro amigo que se estaba muriendo de SIDA. Anteriormente había leído en su mirada el terror de la muerte. Ahora en cambio podía leer en su mirada la belleza del encuentro con la Vida. Entendí finalmente que debía volverme a Dios y comprendí que mi pecado no era una barrera infranqueable entre mí y Jesús, muerto por mis pecados. Me convencí que tenía un Padre en el cielo, que no esperaba otra cosa que poderme acoger entre sus hijos, si solo me atrevía a echarme en sus brazos pidiéndole perdón.

Giorgio me hizo conocer a otros de su nuevo grupo y su ayuda fue muy importante para mí. Descubrí la riqueza encerrada en el Evangelio, pues me permitieron conocer a Dios y su voluntad. Dios me ha dado nuevos ojos para descubrir la belleza de ser hombre. Dios ha cambiado mi vida y ahora puedo de verdad gritar que me siento libre. Esto es cuanto de maravilloso el Señor ha hecho por mí y quisiera que todo pudieran conocer su amor ¹⁷.

¹⁷ Ib. pp. 62-69.

Nos dice Chiara: *Una noche fui a la estación Termini de Roma y vi a un chico y una chica que parecían preocupados. Eran extranjeros y, al invitarlos a la inauguración de un centro de acogida, el joven respondió: Es Dios quien nos manda. Vamos. Chiara quedó sorprendida, porque un joven que vive en la calle difícilmente habla de Dios. Le explicó en pocas palabras que la pareja se había conocido hacía pocos días y él estaba preocupado, porque no quería que ella continuase durmiendo en la calle. Hacía cinco días que estaban buscando una solución sin encontrar salida.*

Llegaron al encuentro y la chica estuvo llorando desde el principio hasta el fin. Chiara fue hacia ella. La chica le aseguró que sus lágrimas eran lágrimas de alegría. Y dijo: *He sentido la presencia de Dios y ha sido tan hermoso que no puedo hacer otra cosa que llorar de lo contenta que estoy.* Chiara constató así una vez más el poder de Dios y la eficacia de las palabras del evangelio que dice: *Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo.* Para Margit (nombre de la chica) había sido suficiente entrar en un lugar donde algunos buscaban la unidad en el amor para sentir la presencia de Dios sin necesidad de creer en Dios y sin entender una palabra de lo que se decía, porque hacía solo cinco días que estaba en Italia y no había aprendido más de unas pocas palabras.

Había venido de Estambul, donde vivía con vendedores de droga, y vino a Italia para tratar de dejar la droga. Para ella era muy difícil conseguirlo, viviendo en la calle donde la heroína pasa continuamente ante sus ojos. Chiara intentó encontrar una comunidad que la acogiera (entonces no había aún ninguna casa de Nuevos Horizontes). Y Margit estaba contenta al saber que por esa noche podría dormir en una escuela, donde estábamos hospedados temporalmente, en una escuela en espera de poder abrir su propia casa de acogida.

Ella le contó a Chiara: *Hace ocho años que mi vida es la heroína. He intentado varias veces dejarla, pero no lo he conseguido. Ahora me parece un sueño pensar que puedo llegar a ser una persona normal. Hace tres años que no veo a mi familia. Primero me fui a Grecia, donde estuve un año y pude escapar con ayuda de un muchacho. Estaba allí como prisionera, porque me habían dado muchas promesas sin cumplirlas. Nunca me daban nada de dinero y querían que hiciera todo lo que me mandaban. Fue un tiempo terrible y no sabía qué hacer. Por suerte una tarde, a escondidas, pude explicar mi situación a un muchacho que había llegado allí para estar solo tres días. Era muy rico y él me pagó el viaje. Llegué a Estambul donde tuve algunos trabajitos, pero donde era la misma historia. Al principio todos muy gentiles; pero, si no hacía lo que querían, me mandaban a la calle. Para mí ha sido algo increíble ver entre vosotros la amistad. Hace años que no sé lo que significa tener amigos, he sido siempre usada. Estos últimos dos años he vivido con marroquíes, que vendían droga y así tenía asegurada la heroína, pero no me sentía bien y finalmente conseguí venir a*

Italia. Una persona me dijo que aquí es fácil conseguir metadona y poder salir de la droga.

Estoy cansada de esta vida que no es vida, de ser lo que no soy. Cansada de ser usada, pasada de mano en mano, considerada solo como objeto de placer. En el mundo en que he vivido no había lugar para la dignidad ni para la vida, ni siquiera para el amor. Las pocas veces que me he enamorado, lo he pagado caro. No ha sido fácil despertar del sueño y descubrir que para mi príncipe azul yo solo era un negocio. Por eso he llegado a ser fría y decidí no amar a nadie para no correr el riesgo de sufrir más tarde.

Miki es el primer chico que ha tratado de ayudarme y estar cerca de mí sin ningún interés. Solo llevamos juntos cinco días y no ha habido nada entre nosotros, ni siquiera un beso. Todavía no me atrevo a creer que existan personas así. Es increíble. Miki ha huido de Israel por cuestiones políticas después que en un atentado mataron a su esposa y a su hijita. Durante estos dos últimos años ha viajado por el mundo y se ha arreglado como ha podido, porque no tenía documentos en regla. No ha tenido una vida fácil y en estos días ha sabido darme fuerza, animarme sin pedirme nada a cambio. Él es judío y tiene mucha fe en Dios y tiene una gran delicadeza para los demás, que no puede venir solo de él. Para mí es algo nuevo este encuentro con él y con vosotros, y veo que el dedo de Dios está detrás de todo esto.

Consiguieron que pudiera ser acogida en una casa donde había reglas estrictas para todos los acogidos. Ella llamó a Chiara para contarle que no podía continuar allí ya que, además, no podía hablar con nadie, porque ninguno sabía inglés o alemán para conversar con ella. Decidió volver a Alemania. Al día siguiente, partió y no tuvo más noticias suyas. Se preocupó por su futuro, pero pronto llegó a tener la certeza de que su corazón había sido tocado por Dios. Por experiencia sé, dice Chiara, que una persona que ha podido gustar, aunque haya sido por un momento, algo de la alegría de la libertad y de la vida sin droga, tratará de luchar para vencer y poder finalmente vivir libre y ser ella misma ¹⁸.

Giorgio murió de sida. Dice Chiara: *Para mí era como un hermano. La noticia de su muerte me llegó como un golpe al corazón. Pocos meses antes estaba lleno de vida con gran entusiasmo para liberarse de la droga después de diez años de vivir dependiente de la heroína y haberse liberado y disfrutar de la alegría de vivir libre. Estábamos planificando con otros amigos tener una casa de acogida para los chicos de la calle con el fin de que pudieran descubrir la belleza de la vida y de la libertad que se experimenta en la unión con Dios. Él conocía bien el vacío y la desesperación de una vida dependiente de la droga.*

¹⁸ Ib. pp. 70-78.

Cuando ya estaba enfermo de sida, una de las enfermeras le preguntó si creía en Dios y respondió: *He vivido muchos años en el infierno sin hacerme preguntas sobre si Dios existía o no. No me interesaba. Pensaba que se trataba de una invención de los curas. Después he conocido a Chiara que me ha presentado sus amigos. Me invitó a un encuentro y cantaban y leían el evangelio y rezaban. Yo, después del primer momento de pánico, en el que pensaba que me estaba volviéndome loco, decidí abandonarme y rezar con ellos. Entonces sentí que mi corazón se llenaba de una paz nunca antes experimentada y sentí la presencia de Dios y comprendí que Él existía.*

Ahora sé que no todo termina con la muerte. Esta enfermedad del sida me la he buscado yo. Si soy sincero, en estos momentos la muerte es para mí una liberación. A veces pienso que voy a morir y tengo miedo, pero es más fuerte sentirla como una liberación. Ahora creo que después de la muerte la vida continúa.

MEDJUGORJE

Chiara añadió: *Hace poco tiempo estuve en Medjugorje donde se aparece la Virgen. Vicka, una de las videntes, me contó que un día la Virgen les había preguntado a los seis videntes si querían ir a ver el más allá. Vicka fue llevada por María a ver el infierno y el purgatorio, antes de ir a ver el cielo. Lo primero que vieron fue el infierno. Veían todo como en la lejanía. Veían grupos de personas que entraban en un gran fuego y se transformaban en seres horribles, gritando desesperados con palabrotas y blasfemias. Lo que más le impresionó a Vicka fue el odio que reinaba en aquel lugar. Tuvo la impresión de que esas personas no podían hacer otra cosa que odiar y eran incapaces de amar. La Virgen quiso que supieran que el infierno existía y que este infierno comenzaba ya en la tierra. Giorgio dijo: “Yo lo he vivido, he vivido la oscuridad, la desesperación, el vacío, la angustia y el odio”. Sentía haber perdido mi dignidad de hombre para ser una bestia. Si ahora miro mi vida pasada, puedo afirmar que el infierno existe, porque lo he vivido y pienso que existen también espíritus negativos, porque he sentido su presencia en mi vida.*

Chiara continuó: *En cuanto al purgatorio, la Virgen ha insistido particularmente en la importancia de nuestras oraciones por esas almas. Nosotros no nos damos cuenta de cuánto podemos hacer por ellas. Respecto al cielo, Vicka habló de una luz y una alegría indescriptibles, que no tienen comparación en la Tierra. Me ha dicho haber visto personas que tenían cuerpos, pero no eran ni altas ni bajas ni jóvenes ni ancianos, ni gordos ni flacos. Parecía*

que no podían hacer otra cosa que amar. El amor era su vida, el amor era la realidad de aquel lugar.

COMENZAR DE NUEVO

Y Giorgio añadió: *Me gustaría comenzar la vida de cero.* Chiara añadió: *Creo que siempre se puede recomenzar. No podemos volver al pasado, pero tenemos la posibilidad de morir para resurgir, para hacer morir nuestras actitudes egoístas y las actitudes que nos impiden amar. Morir es renacer y recomenzar. Mi pasado no lo puedo cambiar, pero puedo aprender algo de las cosas equivocadas del pasado y decidir recomenzar, como si naciese de nuevo.*

Y Giorgio anotó: *Me agradaría poder hacer entender a los que se drogan qué bello es vivir. Qué bello es sentir un poco de alegría y de paz, emocionarse con una chica que te mira o cuando un amigo te habla de sí. Y qué satisfacción se siente cuando se va a dormir por la noche, cansado de haber hecho algo de lo que nos sentimos orgullosos. Yo caí en la droga por sentirme vacío y por algunos problemas. No quería sufrir y pensaba que con la heroína solucionaba todo. No pensaba en absoluto que podía llegar a ser uno de los jóvenes drogodependientes. Algunas veces me arriesgué a morir por sobredosis y decidí entrar en una comunidad de rehabilitación. Para mí fue una experiencia bellísima. Después de recuperarme me enviaron a ayudar a una comunidad en Bolivia. A veces faltaba el agua o el alimento, la casa había que rehacerla. Además, estando cerca de la selva, a veces venían serpientes, pero todos estábamos contentos. No fue fácil pero valió la pena.*

Las otras veces que fui a ver a Giorgio, nos cuenta Chiara, lo vi cada vez más flaco y en el espacio de un mes se quedó reducido a piel y huesos. Todo lo que comía lo vomitaba. Giorgio murió en el hospital. No tuve tiempo ni para darle un saludo final. Pero, a pesar de todo, me quedaba la convicción que ni la muerte nos puede separar y que será muy bello volver a encontrarnos en la plenitud de la vida, del amor y de la armonía en el cielo ¹⁹.

Conocí a Lucía en la estación Termini de Roma. Estaba echada en el suelo con los ojos cerrados y con bubones en los brazos y una tos que no prometía algo bueno. Tenía necesidad de ayuda. Estaba enferma. Se sintió contenta de saber que trabajaba en la misma comunidad en la que dos años antes había estado para

¹⁹ Ib. pp.79-89.

rehabilitarse. Tenía sida, la llevamos al hospital, pero después de cuatro días, no pudo superar la crisis de abstinencia de droga y se escapó.

Chiara encontró en la estación Termini a Luigi que le dijo: *Cuando era niño, mi abuela me hablaba de Dios y yo a veces mirando los prados y las flores pensaba en él. A los nueve años formé parte de una banda. Iba armado con un cuchillo y una pistola. Me había vuelto violento. Un día, en un momento de rabia, disparé y maté a mi madre. Entonces comenzó para mí el infierno. No había lugar para el amor ni para Dios. He vivido 14 años en la cárcel, abandonado de todos y con un terrible sentido de culpa. Hace dos años salí de prisión, pero llevo conmigo el infierno. En la cárcel y después en la calle no he pensado nunca en Dios a no ser en algún raro instante, pero me gustaría sentir tu alegría y conocer algo de Dios.*

VIVENCIAS DE CHIARA

Chiara empezó a contar: *Mi vida está llena de sorpresas. Comencé a encontrar lo que buscaba: La plenitud, la paz, la alegría, la libertad, el amor, el sentido de la vida. Me di cuenta de que había encontrado a alguien capaz de dar sentido a mi vida. Estaba muy claro para mí. Era Dios. En la muerte de una amiga, me di cuenta de qué tontos somos, cuando nos preocupamos tanto de cosas que no valen y tan poco de cosas que realmente valen. He comprendido que Dios es el único ideal por el que valga la pena querer vivir. Cuanto más me acercaba a él, más quedaba encantada de su belleza y de su amor, hasta que me di cuenta de que mi corazón debía ser solo para él. Estaba de novia con un joven con el que proyectaba casarme. Pero en cierto momento descubrí que, aunque lo quería mucho, estaba enamorada de Dios.*

Uno de los jóvenes que escuchaban las palabras de Chiara dijo: *Para mí es difícil creer en Dios y en el amor. En mi vida he visto solo violencia y sufrimiento. La única persona con la que he vivido algo bello fue con mi novia, pero me la mataron y ahora solo espero morir yo también.*

Y Chiara añadió: *Durante mucho tiempo me he preguntado por qué, si Dios nos ama, hay tanto mal y basura en el mundo. Solo tengo una explicación: Si Dios es amor, también es libertad. El ama a sus hijos y los deja libres. Porque es amor, no puede obligarles a ser buenos. Él nos habla a través de nuestra conciencia y a través de la Biblia y después nos deja libres para elegir. Mucho de nuestro sufrimiento es producto de nuestros pecados. Además, si Dios existe, también Satanás existe. Y esto no se puede negar, pero muchos niegan la existencia del demonio y, si no creen en él, no se defienden de sus ataques. Él es destructor, acusador, el padre de la mentira, y solo desea nuestro mal tratando*

de atribuirle a Dios todo el mal y los sufrimientos que tenemos. ¿Y por qué Dios si es omnipotente, permite el mal y el sufrimiento?

Anota Chiara: He experimentado que el dolor puede ser como un fuego donde el oro se refina y el resto queda quemado. Te pongo un ejemplo. El año pasado tuve una mala enfermedad a los ojos que me causó mucho dolor. Sufría desde mucho tiempo dolor de cabeza y dolor de estómago, náuseas y desde hacía un año tenía una extraña fiebre. Estuve en el hospital durante un mes para hacerme análisis y otras pruebas. Cuando me dieron de alta me dijeron que era uveítis crónica y que era una enfermedad incurable como el síndrome de Bechet. Mi vista solo tenía ocho décimas y había muchas posibilidades de que afectara a la retina y con el tiempo quedar ciega. Como puedes imaginar, humanamente era desesperante y el dolor era notable, pero ese período de mi vida ha sido un periodo de los más preciosos. Me ha hecho comprender muchas cosas importantes. Me ha hecho tener una comunicación con Dios y con los demás más profunda. Ha sido ocasión de crecimiento bajo todos los puntos de vista. De hecho he quedado completamente curada. Y para mí el milagro más grande ha sido, no tanto mi curación, que ha sido según el médico un regalo de Dios, sino la serenidad y la alegría que he podido vivir incluso en esa situación tan grave de dolor.

De pronto una muchacha me pidió que fuera adonde estaba. Me dijo que no podía continuar viviendo y me preguntó: ¿Qué puedo hacer para cambiar? Era evidente que usaba heroína. Y me aclaró que ya había estado en una comunidad de rehabilitación y que había sido el tiempo más feliz de su vida. Pero después de un año bastó una dosis para cambiar y estar peor que antes. Tengo una niña que está con mi madre. Cuando oigo hablar de otros compañeros de comunidad que llevan una vida normal, siento envidia y rabia contra mí misma. Estoy convencida de que si tienes voluntad para librarte de la heroína, puedes dejarla definitivamente.

Chiara le aconsejó que volviera a la comunidad, porque sola en la calle sería muy difícil dejar la droga. Y ella le respondió que lo haría. Nos dimos la mano. Saludé a todos y me fui. A la semana siguiente volví a la estación. Fue grande mi sorpresa al ver a Estefanía, así se llamaba, correr con gran entusiasmo a mi encuentro. Me dijo: He decidido entrar en una comunidad. Estoy preparando los documentos y entro la próxima semana. Ayer fui a ver a mi niña. Lloré durante una hora por no ser capaz de cuidarla. Sí, lo voy a hacer para que mi hija tenga a su madre. Me abrazó fuerte y me dijo: “Te quiero mucho y no me olvidaré de ti”. Le dije: Yo también te quiero mucho y no me olvidaré de ti²⁰.

²⁰ Ib. pp. 90-101.

MICHELA

Uno de los casos más dramáticos fue el caso de Michela (nombre ficticio). Ella escribió la historia de su vida y experiencias como perteneciente a un grupo satánico y cómo le propusieron llegar a ser sacerdotisa del grupo, es decir, la jefe suprema. Para ello debía superar la prueba de matar a Chiara Amirante. Le dieron todos los datos necesarios sobre sus actividades, dónde vivía, etc. Pero Michela decidió no matarla y prefirió retirarse de la secta, sabiendo que se exponía a la muerte segura, ya que por todo lo que sabía, podía denunciarlos o traicionarlos contando sus experiencias.

Se comunicó con un sacerdote y llegó a un grupo de Nuevos Horizontes. Allí se presentó Chiara, a la que debía matar. Chiara declaró: *Cuando le di la mano, Michela cayó al suelo como una piedra. La levantaron y de nuevo al tocarla cayó de nuevo. Era como un intento del demonio, a quien estaba consagrada, para que escapara. Entonces los ojos de Michela se transformaron y me lanzó una mirada llena de odio y comenzó a vomitar blasfemias. Sus pupilas miraban. Me mostraba la parte blanca del ojo y, sin embargo, veía. Después empezó a hablar con una voz masculina, que iba cambiando a una cavernosa. Sus brazos rotaban de modo antinatural, que no podía ella controlar. Caminaba sobre los muros como si tuviese ventosas en los pies, volvía la cabeza completamente y adivinaba cosas que no podía conocer de la vida de algunas personas presentes.*

Después que le hicieron la señal de la cruz en la frente, se cayó y se colocó debajo de una silla. No sé cómo lo pudo hacer tan rápidamente. Cuando la bendecía, sufría como latigazos y bofetadas. Le aparecían arañazos en las manos y en la frente que después desaparecían. Me impresionaba el odio que manifestaba contra Dios, Jesucristo, la Eucaristía y contra los consagrados. Su voz demoníaca decía: *Esta es mía para siempre y no me la podréis quitar. Me ha consagrado su inteligencia y su voluntad.* Los exorcismos siguieron adelante durante toda la noche. Al amanecer se despertó como de un sueño y no se acordaba de nada. Después tuvo recaídas, pero estaba bajo control. Y es que los de su secta continuaban con ritos de maldición contra ella. En algunas noches de sábado, que es cuando los de la secta se reunían para las misas negras, Michela saltaba como si le hubieran dado golpes y se veía señales en la piel. Una vez se le quebró un dedo y debió ser operada para ponerlo en su sitio. Otras veces aparecían en su cuerpo heridas inexplicables. A veces, vomitaba saliva densa y blanca.

El demonio, que hablaba en ella, expresaba un odio tremendo contra la Virgen, a quien no nombraba y solo decía *esa mujer*. Michela percibía la presencia del padre Pío de Pietrelcina, a quien definía como el *viejo barbudo* y tenía mucho miedo a san Miguel arcángel. En cierto momento ella reveló que en la secta adoraban al dios serpiente y entonces el exorcista dijo: *Te exorcizo serpiente antigua. El demonio comenzó a silbar como una serpiente dentro de ella. No soportaba la imposición de la estola del exorcista sobre ella, pues, representaba el poder sacerdotal* ²¹.

Michela necesitó muchos exorcismos a lo largo de dos años para liberarse y entonces se consagró a Dios por el resto de su vida con votos de pobreza, castidad y obediencia dentro de su comunidad de Nuevos Horizontes.

Una de las cosas que más le dolió a Michela fue que consiguió por teléfono comunicarse con su madre que aceptó recibirla en su casa, para conocerse después de muchos años. Pero su madre la dejó helada. Le dijo textualmente: *Tú para mí no existes ni antes ni ahora. Sal fuera de mi vida. Y dice: No he comprendido el motivo por el que mi madre primero aceptó encontrarse conmigo y después me comunicó que no me quería ver nunca más* ²².

Cuando regresó a Roma, le dijo a Chiara Amirante: *¿Por qué Jesús me ha dado este gran sufrimiento? Ahora trabajo para él*. La llevaron a Medjugorje donde se aparecía la Virgen. En cierto momento, empezó a sentir un calor extraño en su cuerpo desde los dedos de los pies hasta la punta de la cabeza. Era un calor maravilloso como si alguien la tuviera en sus brazos o como si la abrazara. Dice: *Sentí como una mano que me sacaba mi corazón herido y me lo sustituía con un corazón nuevo. Desde ese momento entró dentro de mí una paz increíble que me invadió toda* ²³. La vidente Marija le dijo: *La Virgen María ha hecho suyo todo el dolor que llevabas dentro de tu corazón, desde hoy ella será tu madre*.

Y Michela hizo suya una frase de santa Edith Stein: *Busqué el amor y he encontrado a Jesús*.

²¹ Michela, *Fuggita da Satana*, Ed. Piemme, 2009, pp. 130-132.

²² Ib. p. 150.

²³ Ib. p. 160.

MADRE TERESA DE CALCUTA

La Madre Teresa de Calcuta decía: Lo importante no es la cantidad de trabajo que realizamos, sino cuánto amor ponemos en él. Para ello lo mejor es vivir cada día, cada hora, cada minuto como si fuese el último de nuestra vida. Tratemos que cada pensamiento, cada gesto, cada decisión sea la más hermosa de nuestra vida. Debemos escribir cada día la mejor página del Diario de nuestra vida. No lo olvidemos: vivir cada día como si fuera el último de nuestra vida. Y ella decía: “Ofrezco cada día la misa como si fuera la primera, como la última, como la única de mi vida”. La santidad debemos construirla cada día en cada momento presente: Nadie se hace santo en el pasado y nadie se puede hacer santo en el futuro, porque no existe.

Si haces el bien y te dicen que eres egoísta, no te preocupes, sigue haciendo el bien. Alguien destruirá algún día la obra que has estado construyendo durante años, no importa, tú sigue construyendo. Ese al que ahora ayudas, te puede traicionar, pero no importa, sigue ayudándolo. Le das al mundo lo más hermoso que hay en tu vida y te desprecian. No importa, dale a todos lo mejor de ti mismo. Eso es lo que hizo Jesús hace dos mil años (M. Teresa). Dios es amor (1 Juan 4, 8).